

RECORRIDO ALPUJARRAS ALTAS

Es el verano de 1.958. Granada. Calor. Sentados ante un refrescante líquido Juan de Dios y yo comenzamos a delinear un acariciado proyecto: recorrer las Alpujarras.

Consultamos mapas, itinerarios, fechas, y poco a poco, día a día, fuimos delimitando puntos. Al fin decidimos poner en práctica quel año la primera parte del proyecto.

Recorrido: Pueblos de la alta Alpujarra. Fecha: Agosto.

Se acerca el día, todo son preparativos y al fin con un riguroso horario, no mucho dinero, grandes macutos y muchos ánimo, omienza lo que pudiéramos llamar "semana turística por las últimas sierras morunas de España".

DÍA 20.- Un día típico de verano, despejado y caluroso. La salida es por la tarde a las 4 y 1/2 en el tranvía de la sierra. Nos ponemos en movimiento dentro del amarillo tren rumbo a Maitena, donde llegaríamos a las seis menos cuarto.

En el viaje entablamos conversación con unas madrileñas a las que hicimos unas fotos al llegar al final del recorrido tranviario, después....! la marcha!.!Si! ya hemos comenzado a andar, pasamos el Charcón, San Juan y comenzamos a subir el camino de la Estrella. A nuestros pies el Real, cristalino y ruidoso, saltando en alegres cataratas. Ha comenzado a anochecer, pasan las horas. Son las diez, noche oscura, hay luna pero no la vemos dado el profundo barranco en que nos hallamos, el ruido del agua ha aumentado, estamos a nivel del río, mejor dicho de los ríos, nos hallamos en la confluencia del Valdeinfierno y el Valdecasillas.

!Al fin! Cueva Secreta, nuestra primera meta. Hemos llegado allí sin un solo descanso desde Maitena, hace mucho rato ya que vimos el último rayo de sol y con el !ah! !qué espectáculo! el Mulhacén y la Alcazaba, totalmente rojos como encendidos por el fuego del sol del atardecer, pero en estos momentos todo es oscuro y negro. Eso no nos impide encontrar la cueva en la que pasamos una agradable noche (dentro de lo que cabe). Sin frío ni molestias llegaron las primeras luces del día.

DIA 21.-

Escasas horas habíamos descansado para emprender la jornada que calificamos, ya de antemano, como la más dura y que en realidad lo fue de toda nuestra travesía. Consistiría en atravesar de la vertiente norte a la sur de la Penibética. Esto no sería gran cosa en otras circunstancias, pero dado que teníamos que alcanzar el pico más alto de España y el tiempo que pensábamos emplear en realizarlo, lo convertía en serio problema, y esto sin tener en cuenta lo que luego aconteció, es decir un estado atmosférico adverso. Pero no anticipemos acontecimientos y volvamos al comienzo del día.

Decíamos que apenas había luz del día cuando comenzamos el desayuno: alimentos secos. Terminado éste y cuando empezamos a preparar la marcha, el sol alumbraba los escarpados picos de los "colosos"; al mismo tiempo comenzamos a ver espesas nubes por la parte sur. Con nuestros macutos a la espalda cruzamos el Valdecasillas y he aquí que nos dan el parte meteorológico ¿ por quién? Me explicaré: un madrugador labriego, trabajando en un pobre sembrado de patatas entre peñascales, el último que veríamos, nos predijo y animó a que desistiéramos de subir pues el tiempo sería malo. Nosotros, quizás por el riesgo de aventura o más bien por no retrasar y !quién sabe! si abandonar la marcha tan bien preparada, decidimos, sin pensarlo siquiera, continuar.

Entramos en el valle del Valdeinfierno y lo remontamos río arriba. Sobre nuestras cabezas las nubes se espesaban, las cumbres se perdían entre la niebla. Eran aproximadamente las diez. ¿Cual era el panorama? Este: Llevábamos tres horas de marcha, a nuestra derecha el Juego de Bolos, al que procurábamos en todo momento no acercarnos, sobre nosotros negras nubes que se movían veloces por el viento, ocultándonos las cumbres y dejando caer una lluvia fina e intermitente. Es ahora cuando comenzamos la subida hacia la Laguna de la Mosca; arrecia la lluvia y el viento, de vez en cuando se deja oír el estrepitoso caer de rocas desprendidas.

El estado de cosas hace mella en mi ánimo y aconsejo a Juan de Dios la retirada, él me anima y sigue subiendo, yo cuando apenas le distingo entre la niebla, le sigo, ¡al fin la laguna!. Al encontrarnos ya en aquella pequeña meseta me animo a continuar. La cumbre del Mulhacén sigue oculta, la lluvia arrecia en estos momentos, estamos mojados, nos guarecemos en el refugio natural que allí existe y mientras fumamos un cigarro oímos y contemplamos durante un cuarto de hora los aludes de piedra y la lluvia que continua.

Todo es mirar hacia las nubes, pero he aquí que vemos entre el fugaz correr de ellas una claridad en la cumbre que nos hace sospechar que esté despejado más arriba. Nos decidimos. A pesar de que continua lloviendo emprendemos la ascensión. Hemos llegado a la divisoria de aguas y aquí está la sorpresa, ¡el sol!, si, la ladera sur está "completamente" despejada. Espectáculo curioso: el sur a nuestra derecha con sol y despejado, al norte llueve, pareciera como si la montaña tuviera por ese lado una visera de nubes que sale de su alta frente. Nosotros, ya en la loma del Mulhacén contemplamos el panorama unos momentos y comenzamos a subir, ¡la cumbre nos espera!. Nuestra ropa y nuestros mojados macutos secan rápidamente por el fortísimo viento. Comenzamos a sentir frío. Pero...!si se ven bajar dos hombres! ¿quién lo diría? Nos acercamos mutuamente. Son ingleses. Saludos. En un español muy británico nos preguntan el camino para bajar, nos dicen haber pasado la noche "allá arriba" con mucho frío, yo pienso que no sería tanto, dada la magnífica tienda que se deja ver en sus magníficos celtas. Como el viento nos impide continuar la charla, después de unas fotos que les sacamos teniendo como fondo la Laguna de la Caldera, seguimos nuestros respectivos rumbos opuestos.

Son las doce y media, ¡hemos llegado!, pisamos en este momento el techo de la Península, sacamos unas fotos, dejamos nuestro testigo y arrinconándonos después en una de las derruidas chabolas, comemos con más frío que hambre una lata de sardinas y alguna otra cosa.

Como a pesar de estar despejado no está el día para bromas, colgamos inmediatamente los macutos a la espalda y por la loma caminamos a Trevélez, meta final de aquel día. La bajada estaba prevista por Siete Lagunas, pero ante mi obstinación en seguir un imaginario sendero, desviamos el camino y bajamos por el Chorrillo.) Y Siete Lagunas? Pues quedaron a nuestra izquierda y ni siquiera de lejos las vimos.

El descenso fue rapidísimo, tanto que a las cinco y media de la tarde estábamos ya en Trevélez. Ya no hizo frío ni viento, ¡dichoso viento! que nos martirizó durante el descenso, arrojando sobre nuestro helado rostro menudas piedrecillas que le hacían escocer. Todo ha pasado ya.

Trevélez, "dónde se oyen los querubines cantar", "el de los famosos jamones", "el pueblo más alto de España",) qué más decir? Nada. Pero la verdad es que a nosotros nos recibieron con cáscaras de nueces, ¿y eso? Pues si, sentados frente al destartado Ayuntamiento, ¡plum!, otra lluvia. No, esto no es agua, son cáscaras de nueces que unos "simpáticos" niños nos arrojan desde una ventana. ¡Cáscaras!, como reciben a los forasteros en este pueblo.

-Hombre, es natural, ¿Tú has visto el tipo que llevamos con estos macutos y los pantalones cortos?-

-Pero comadre, ¿ Fíjese que dos hombres con "calzoncillos"? En fin, para que seguir, entre nuestros comentarios y los de la gente cruzamos el pueblo de arriba a abajo pues está en la ladera del monte como deseando subir hacia la cumbre, afianzándose con sus garras de piedra para no rodar por la ladera. Llegados a ella, al pie del pueblo, ya en la carretera, en una espaciosa plaza,

elegimos el bar de Pepito Mendoza para descansar y beber unas copas del delicioso néctar que llaman vino.

-Pero... ¿ qué haces aquí? fue la pregunta que mutuamente nos hicimos mi primo Manolo y yo al entrar él en el bar. Entre trago y trago de vino que él nos invitó, nos contó que había ido con unos "curas" que pensaban subir al Mulhacén. Efectivamente a aquel grupo de dos sacerdotes, un seglar y una dama, les adelantamos en la bajada, ellos traían ruta de Siete Lagunas. Así llegó el atardecer, momento en el que marchó mi primo con el encargo de avisar en nuestras casas, la feliz llegada hasta aquel punto de la sierra ya civilizado.

A la mañana siguiente, es decir el día 22, y después de las correspondientes fotos, por aquel vulgar sistema de ir carretera adelante, emprendimos la marcha a Juviles. En la salida de Trevélez una fuente dedicada al conde Valledano y ..después la carretera de tierra pero en buenas condiciones. A nuestra izquierda montes bien cultivados y a la derecha el río Trevélez a bastantes metros bajo nosotros, formando pequeños prados donde las vacas pacían cómodamente.

Alternando terrenos cultivados con otros completamente estériles, recorrimos los 12 kms. que nos separaban de Jubiles, donde llegamos sobre las doce, nos aprovisionamos de aguja e hilo para lo que luego se dirá, pedimos información de la ruta y continuamos camino de Lobras. Al salir del pueblo nos detuvimos a reponer fuerzas con una tranquila comida junto a una fuente.

Contemos aquí lo que allí pasó. Para tomar algo caliente hicimos fuego y calentamos agua en la que habíamos disuelto leche en polvo. Mientras esto se hacía, Juan de Dios tomaba notas para el diario y yo empleaba la aguja y el hilo, es decir, zurcía, bueno, eso es decir mucho, mal cosía mis deteriorados pantalones largos, rotos el día anterior en la subida al Mulhacén. Juan de Dios reía a mandíbula batiente, pero la verdad, al menos así me pareció, es que no quedaron mal del todo.

Aproximadamente a las cuatro y media de la tarde llegamos a Lobras. Primero, bajando por un tortuoso camino hasta un pequeño río, habiendo pasado antes por unas derruidas minas de mercurio y, después, subiendo una pequeña loma que nos condujo al pueblo. Lobras es un pueblecito escondido en un pequeño valle entre montes de vides y olivos. Estrechadas callejas, un ridículo y maltrecho Ayuntamiento, me refiero al edificio, claro; una pequeña plazuela donde se encuentra una taberna-comercio en la que tomamos unas gaseosas.

Al salir de Lobras encontramos un pastor que nos invitó a que comiéramos algunos higos de aquella finca. Mientras probábamos aquellos deliciosos frutos hablamos sobre las altas cumbres y sus vericuetos que aquel pastor había recorrido en su juventud. Poco después, ya en la bifurcación de caminos entre Tímar y Nieves, avanzó hasta nosotros lo que nos pareció en un principio un labriego, que no era tal, era, y aquí fue la sorpresa, un amigo de Juan de Dios, aborigen de Tímar, llamado Serafín García.

Después de corta conversación, nos invitó a pernoctar en su casa de Tímar, pero nosotros por no alterar nuestro horario, preferimos seguir a Nieves.

Nieves, situado a media ladera del monte que veníamos bordeando desde hacía un cuarto de hora de haber dejado a Serafín, lo encontramos en plenos preparativos de las fiestas de su patrono San Bartolomé. De todo esto nos enteramos en la tasca donde entramos a refrescar nuestra pobre garganta reseca por el calor y el polvo. Si he de decir la verdad, nosotros nada preguntamos, de todo nos informaron varios hombres que allí entraron, creo que más que a beber y charlar, a contemplarnos y enterarse quienes éramos.

Nos enteramos de las comedias que se celebrarían, de la procesión, del precio de la carne y otros cuantos detalles, que debían ser el sumum de diversión de aquel pueblo escondido y sin otra comunicación que caminos de herradura. Nada más salir del pueblo nos alcanzó un natural de allí, que se dirigía igual que nosotros a Cástaras, aunque él para traerse al párroco. Hay que decir aquí que aquel sacerdote tenía a su cuidado ambos pueblos, cosa muy frecuente en esta zona escasa de sacerdotes y con pueblos cercanos. Pues bien, a lo que íbamos, aquel individuo se empeñó en subir a su yegua, que era un buen ejemplar de su raza, nuestros macutos. Nosotros,

nos resistimos en un principio, pero ante su empeño y por no ser descorteses, consentimos en complacerle, lo cual después de todo no nos vino mal. Por el corto y cómodo camino (dentro de lo que cabe), llegamos a Cástaras cuando se ponía el sol.

Bien poco hay que contar de este corto paseo. Charla amable, un cigarro como es ritual y el haber dejado atrás unas minas de mercurio en vías de paralización fue todo, hasta llegar a la bien cuidada ermita que hay a la entrada del pueblo. Después, la despedida de nuestro servicial acompañante frente a la Iglesia, en la plaza, y la instalación en una rústica posada.

Nuestra breve estancia en Cástaras fue como sigue: Ya era noche cerrada cuando nuestros pasos se dirigían en busca de una taberna a beber unos vasos de vino antes de cenar. Entramos, luz de candil, en este pueblo no hay luz eléctrica, media botella de vino tinto con su caña, cambio de impresiones. A poco de estar allí comenzaron a entrar algunos parroquianos. La conversación se generaliza; tema: chismes del lugar. Nos enteramos entre chascarrillos y risas que a fulano le impusieron una multa por cultivo clandestino de tabaco, a zutano no lo cogieron por suerte y otras cosas por el estilo. Hemos de comentar el hecho de que en todos estos pueblos nos confundieron con inspectores encargados de denunciar cultivos clandestinos de tabaco. era curioso observar con que suavidad comenzaban a preguntarnos por nuestra llegada a aquel lugar. Nosotros, como es natural, y ya sobre aviso, nos adelantábamos a relatar nuestro fin viajero y, entre el relato y la indumentaria, les terminábamos por convencer. Ya, ellos tranquilos, soltaban las lenguas y nos enterábamos de todos los que tenían sembrado tabaco. !Ah!, si de verdad hubiéramos sido lo que ellos creían, que buena relación de multas hubiéramos llevado a nuestros superiores. Pero no, afortunadamente no lo éramos y digo por fortuna, porque sus relatos nos entretenían, mejor, nos divertían. Así pasamos el tiempo, entre la charla y el correr las botellas de mano en mano en el nutrido corro reunido ante una mesa con tomates jugosos y frescos, sazonados con sal, que alguno de aquellos buenos lugareños trajo de su casa sin que su mujer se diera cuenta, dijo muy en secreto. Son las diez; empieza la retirada hacia la comida de la noche, nosotros hasta nuestro "hotel", la cena fría y seca y la no muy blanda cama. Mañana nos espera una larga jornada.

Sábado 23.- Amanecemos en la susodicha no muy blanca cama pero que a pesar de ello cumplió su cometido de darnos el descanso que necesitábamos. Ya con la luz del día pudimos contemplar mejor el pueblo. Construido al borde de un barranco, parecía colgar del aire. Indudablemente fue uno de los que más nos agradó de todos los visitados.

Después de las acostumbradas fotos, la compra del pan y el pago de las ocho pesetas "per cápita" que nos costó el dormir, emprendimos la marcha por la carretera de Almegíjar, que en aquel pueblo termina, o, mejor, que allí ha sido interrumpida su construcción.

Aproximadamente a los 3 kms. de marcha llegamos a las minas de hierro del Conjuero (tierras negras como son conocidas vulgarmente). En ellas se explota el mineral a cielo abierto y parece haber gran actividad, por la cantidad de camiones, tipo Pegaso, que transportan el material a través de los caminos abiertos en el monte. Una línea aérea de vagonetas lleva el mineral hasta Rules, en la Sierra de Lújar, punto desde el cual es llevado por carretera al puerto de Motril para su embarque. Desde el punto donde nos encontramos se divisan entre el verdor de los montes los blancos pueblos que habíamos de recorrer aquella tarde: Busquístar, Pórtugos y Pitres.

Continuamos unos cientos de metros más hasta los cortijos de Pangüila, de la que parte la vereda que en continuado descenso nos conduciría a la primera meta:

Ferreirola. En una divisoria de veredas, decidimos no visitar Mecina Fondales, por no apartarnos demasiado de la ruta, así es que este pueblo sólo lo divisamos de lejos.

Por una fuerte pendiente llegamos rápidamente a la base de un profundo barranco, por el discurría un pequeño y cristalino río, junto al cual existe un molino de harinas y hasta el que llegamos atravesando un puente de maderas sobre el mismo. Desde allí continuamos por una vereda que en suave ascenso nos condujo a Ferreirola. Pueblo pequeño, casas de mala

construcción, falta de comunicaciones sería todo lo que podríamos decir para describirlo. Pero nuestra llegada allí podríamos calificarla, si no de apoteósica, sí de curiosa y sensacional. Por una de sus "calles" llegamos a la plaza; a nuestra derecha una fuente y varios hombres, al frente la Iglesia, a la izquierda unos puestos de pescado. Todo alrededor de un triángulo (la plaza) que no tendría más de diez metros de lado. El panorama: los montes con sus cultivos en escalones, los terrados de las casas y, a nuestro alrededor, la chiquillería curiosa que observaba todos nuestros movimientos. También nos miraban los hombres que se reunieron junto a la fuente y las mujeres desde las puertas y los huecos de las ventanas.

¿ Porqué tanta curiosidad? !Hombre! He aquí que se nos acerca un señor (padre del cura de Capileira, según dijo) que tras las preguntas de rigor nos informó que nosotros éramos los primeros "turistas" que visitaban el pueblo este año, pues desde el anterior que llegó un grupo de extranjeros, ningún extraño había llegado allí. Después de despedirnos de tan amable informador tomamos una gaseosa en la taberna del pueblo, la única según creo, cosa que es bastante rara y charlamos un rato con la pareja de la guardia civil que iban haciendo un recorrido y con otros lugareños.

A la salida del pueblo en una fuente que nace bajo un pequeño puente, bebimos agua ferruginosa (agua agria, según aquí la llaman). Poco más allá junto a otra fuente preparamos nuestro almuerzo. Esta comida fue y consistía en lo que sigue: En la taberna que ya mencionamos habíamos comprado aceite, un poco de vinagre (que nos echaron en mi fiambra) y un poco de sal. También intentamos comprar tomates y pepinos pero éstos no nos los quisieron cobrar, cosa que es de agradecer a aquel buen parroquiano que nos los regaló. En cualquier sitio encuentra uno buenas personas. Con todo lo adquirido realizamos una gran ensaladilla a la que como último aderezo añadimos una lata de atún. Aquel succulento plato, aparte de romper la monotonía de nuestras comidas, nos sirvió de refresco y estimulante para continuar las calurosas jornadas que estábamos pasando. Después del espléndido almuerzo descansamos bajo unos frondosos árboles, antes de partir hacia Busquístar. Bordeando un pequeño monte y siempre teniendo como fondo las mimas del Conjuro, desde nos llega el zumbido de los motores en pleno funcionamiento, llegamos a Busquístar. Subiendo por estrechas callejas, desembocamos en la Iglesia, en cuya plaza unos jóvenes juegan a la pelota. Mientras nos refrescamos con una gaseosa en una taberna allí próxima, cambiamos el carrete de la máquina fotográfica. Después continuamos cruzando el pueblo hasta subir a la carretera. Al llegar a la carretera encontramos un cartel que dice "Trevélez 9 kms.!" Y pensar que habíamos estado dos días andando casi sin parar para estar ahora a sólo 9 kms. del punto de partida!

Carretera adelante y como a dos kms. se encuentra una ermita dedicada a la Virgen de las Angustias. En la parte trasera de dicha ermita hay un nacimiento de agua ferruginosa en el que nos detuvimos a beber. Qué distintos, pensé, este nacimiento a los de Lanjarón donde el tomar un vaso cuesta el dinero y aún así hay que soportar en la temporada estival una larga cola de agüistas. Aquí no, ni colas ni vasos hacen falta; ni el agua sale de un preparado grifo metálico, nada de eso, el agua se ve brotar de las entrañas de la tierra.

Allí sentados cruzaron ante nosotros dos camiones de mineros de regreso a sus casas, algunos con sus relucientes cascos protectores aún sobre sus cabezas. Poco después llegamos a Pórtugos situado a la derecha de la carretera y donde no nos detuvimos. Dos kms. más y alcanzamos Pitres, fin de la etapa de aquel día. Antes de llegar y en un río que baja por barranco, nos detuvimos a lavar y asear nuestra persona que buena falta le hacía.

Lo primero que hicimos al llegar a Pitres fue buscar posada, después ir a la barbería y por últimos buscar zapatero que arreglara una bota de Juan de Dios. A este artesano no lo encontramos por hallarse en las labores campesinas de sus fincas. Hombre activo, pensamos, lo mismo siembra patatas que arregla zapatos, he aquí un ejemplo de laboriosidad, claro que se puede pensar que ante el poco trabajo de zapatero se tiene que dedicar también a la labranza. O en este pueblo no se rompen zapatos o es que no se usan mucho; me inclino por esto último, pues

lo más seguro es que usen abarcas de confección casera. De todos modos no lo encontramos y tuvimos que conformarnos con beber unas copas en una taberna, con mortecina luz. La electricidad es otro problema de este pueblo. Es suministrada por una pequeña fábrica de propiedad particular y su servicio es simultaneado con otros pueblos, ello quiere decir que tiene luz un día sí y otro no, pero puede darse el caso y se da, de que el día que les toca no llegue con la intensidad necesaria, como sucedía la noche que allí pasamos. Ante todo aquel estado de cosas nos retiramos a descansar bien pronto.

Domingo 24.- Despertamos temprano, pero más temprano aún fue la primera misa que no pudimos oír y, por causa del caluroso día que se avecinaba, decidimos emprender la marcha con la fresca y oír misa en Capileira y así lo hicimos.

Unos diez minutos después de salir llegamos a la agrupación de casas llamada Capilerilla. Desde allí continuamos ascendiendo, primero entre sembrados, luego entre monte bajo, y, por último, rocas y matas raquílicas nos rodeaban. El sol en estos momentos daba con fuerza sobre nuestras espaldas y así llegamos a una carretera forestal que conduce a los pantanos en construcción en aquella zona. Desde este punto pudimos una vez más en aquellos días contemplar el mar desde la altura. A muy pocos pasos cruzamos el Barranco de la Sangre y al coronar éste pudimos apreciar uno de los panoramas más maravillosos que se puedan contemplar !El barranco de Poqueira!. Sentado en aquel mirador ignorado de muchos, por no decir de todos, sin señales ni indicaciones que lleven allí al viajero, se contempla un paisaje completo, la sierra, el valle y el mar. A nuestro pies el barranco de Poqueira. Como telón de fondo por nuestra derecha, la incomparable y serena figura del Veleta. A la izquierda se divisa el mar, entre la próxima sierra de Lújar y las lejana de la Almirajara. Y, por último, a todo lo largo del valle tres pueblos, el primero y más alto Capileira, después Bubión y en el extremo opuesto Pampaneira.

Pasada la primera sorpresa que nos produjo aquel encuentro con la naturaleza y después de fumar tranquilamente un cigarrillo, que recuerdo que fue del llamado caldo de gallina, continuamos nuestro camino por la ya mencionada carretera hasta llegar al blanco pueblo de Capileira. Es Capileira un pueblo pequeño, de calles bien cuidadas y limpias, sus calles parecen todas blanqueadas ayer. Es en este aspecto el mejor de los pueblos visitados. Frente a la Iglesia donde estábamos parados, el cabo de la guardia civil nos pidió nuestra documentación, cosa que si bien estaba en su derecho, me indignó muchísimo, dado que su acto lo realizó más bien por enterarse de quienes éramos y al mismo tiempo dar esa sensación de !autoridad! que demostró ante los paisanos allí presentes. Total una autoridad que ante nosotros quedó mal parada en los comentarios que de este hecho realizábamos, mientras nuestros pasos se alejaban del pueblo. Al mismo tiempo que nos retirábamos eran más débiles los sonos de las canciones variadas que los altavoces de la Iglesia dejaban oír desde el momento en que terminó la misa.

Entretenidos con los comentarios llegamos muy pronto al cercano pueblo de Bubión. Una vez ya en el pueblo encaminamos nuestros pasos en busca de Remón Pérez, amigo de Juan de Dios y que no se encontraba en su casa cuando llegamos. Poco después llegó la hora de las sorpresas, pero sin duda la más agradable, al menos para mí, fue el ver entrar a mi amigo Pérez Robles. Por mi parte no recordaba que él era natural de Bubión y él, a su vez, no podía pensar que pudiera encontrarme allí.

Después de los calurosos saludos y pasada la efusión de los primeros momentos y el bombardeo de preguntas que nos cruzamos, ¿ como estás?, ¿ pero de dónde habéis salido? ¿ qué haces tú aquí?, ¿ adonde vais?, en fin una cadena de preguntas que fueron contestadas tan rápidamente como preguntadas. Después de todo esto nos dirigimos a lo que tan pomposamente llamaban "el casino". ¿ Qué cómo era?. Pues es difícil de explicar. Allí había de todo, jamones, sacos de patatas, judías, aceite, tabaco, en fin de todo, y ese "todo" estaba colgado del techo, de las paredes, en estantes, en el suelo. En resumen, que el espacio que quedaba libre para el "salón" se llenaba con una mesa que cojeaba y cuatro

sillas donde nos sentamos. Allí, aunque parezca extraño estuvimos cómodamente sentados, no por las sillas, sino por la compañía, la conversación, el buen vino y las tapas que tomamos. Recordamos antiguos compañeros, hechos y anécdotas y otras tantas cosas que siempre son de agradable recuerdo. Después almorzamos suculentemente en casa de Remón, maravillosamente atendidos por Luisa, joven cuñada de su hermano, la cual participó también en la grata sobremesa que tuvimos.

Unas muy agradables horas pasamos en Bubión, donde encontramos buenos amigos, buena mesa y buena conversación como hacía días que no teníamos. Todo llega a su fin y tuvimos que marchar. Nuestros amigos nos acompañaron hasta la salida del pueblo y porque nos empeñamos en que no continuaran, pues querían hacerlo hasta Pampaneira, que si bien no está lejos, sí está pendiente la bajada, pues este pueblo se encuentra en el río, es decir en la base del profundo barranco de Poqueira.

Pampaneira es pequeñito, como casi todos los pueblos visitados. Lo más característico, aparte la curiosidad del vecindario, como era de rigor en todos los sitios donde llegábamos, es su central eléctrica perteneciente a la Compañía Sevillana, una de la siete centrales que esta compañía, creo que está construyendo en esta zona.

Después de meter las narices por algunos rincones y cruzar un alto puente sobre el río Veleta continuamos carretera adelante hasta Soportújar. Ya a la vista del pueblo nos detuvimos a contemplar la Sierra de Lújar. A poco de estar allí pasó el maestro del pueblo el cual amablemente nos indicó sitio donde pasar la noche y, en su compañía, entramos en el pueblo ya anochecido.

Lunes 25.-!Ultimo día de marcha! Muy temprano nos levantamos después de una no muy cómoda noche y emprendemos la marcha inmediatamente. Por una tortuosa calle mal empedrada y pendiente dejamos atrás Soportújar rápidamente. El calor ya empezaba a sentirse con fuerza, presintiendo esta penúltima etapa como calurosa por varios aspectos, uno, la temperatura, otro, el saber que encontraríamos poco después algunos amigos. Todo esto hacía que se equilibrara la balanza; por una parte deseábamos el paso rápido, por otra, lo moderábamos para soportar mejor el juego de Febo. Todo esto quiere decir que con paso ni cansino ni rápido y siempre bajando por un sendero de caballerías, con balates bien cultivados a nuestros lados llegamos a Carataunas, y poco más allá a Bayacas, los cuales no visitamos por carecer de importancia y por nuestra prisa por llegar a Órgiva. No obstante, nos detuvimos en una alameda junto al río Órgiva; allí nos lavamos y pusimos al día nuestros diarios de marcha y después de un largo descanso bajo la sombra de aquellos árboles, reanudamos la marcha hacia la capital de la Alpujarra.

A poco de seguir el curso del río llegamos al puente de Órgiva y desde allí, por la calle principal y ante la asombrada mirada de los que nos cruzábamos, que comentaban nuestros abultados macutos, fuimos a la Iglesia de las torres gemelas, sentándonos en un bar situado frente a Ella. Allí junto a unos vasos de delicioso y ambarino vino, charlando con varios de los amigos que encontramos pasamos el resto de la mañana, hasta el mediodía en que nos despedimos de todos y nos retiramos al río donde almorzamos bajo la sombra de las alamedas allí existentes.

La siesta fue calurosa porque ya habíamos dejado las alturas donde el aire era puro y fresco, pero todo había quedado atrás y sólo nos quedaba el recuerdo; ahora, la realidad era otra, el sol quemaba la tierra y el calor se dejaba sentir; por eso, en lugar de emprender la marcha inmediatamente como en días anteriores, esperamos pacientemente a media tarde para cubrir los diez kms. que nos separaban de la última meta: Lanjarón.

Caían las primeras sombras de la noche cuando nos hallábamos sentados en una venta situada en el puente del río Lanjarón. Un poco más allá y estaríamos en el famoso pueblo balneario granadino, donde entramos ya anochecido. Aquella noche y al día siguiente estuvimos instalados en casa de mi primo Arturo. Martes 26.- Un día sin historia. Lo dedicamos a visitar Lanjarón y

sus alrededores. Fuimos por unas horas unos veraneantes más de los muchos que por estas fechas se dejan caer por allí.

Amaneció el día 27. La marcha había terminado, por lo que quedábamos libres del compromiso que nos unía al comenzar. Por esta causa cada uno eligió el método que quiso para regresar a Granada. Juan de Dios prefirió continuar andando hasta Dúrcal, y, allí, tomar el tranvía a Granada. Yo tomé la Alsina desde Lanjarón. Así separados físicamente, aunque nos espiritual y moralmente, cubrimos la distancia que nos separaba del punto de partida.

¿ Se puede pedir más libertad y democracia que la nuestra? No. Habíamos cumplido un compromiso, habíamos cubierto juntos, en perfecta armonía, unos objetivos que nosotros mismos nos marcamos, sin embargo, terminado ese compromiso, cada uno libremente cumplió su voluntad, podríamos decir su última voluntad en este recorrido, el primero que hacíamos en la Alpujarra Alta.

Aquella tarde ya en Granada, otra vez envueltos en el tráfigo ciudadano, celebramos el retorno y el feliz término de la marcha. Sendas jarras de cerveza fueron el epílogo de aquellos siete días de caminar incansable. Con ello se terminaba una marcha y se fortalecía más, si esto era posible, una amistad.

Granada Agosto de 1.958.